

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Madge Kennedy

CUADERNO Nº 31

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

ANTONIO MORENO

El actor español que comparte con Eddie Polo y el Conde Hugo el trono de la admiración popular ~ De la Calle de Sierpes a la Quinta Avenida ~ El favorito y predilecto de las mujeres

EN PREPARACIÓN:

**HUGUETTE DUFLOS : LEÓN MATHOT
HENNY PORTEN : TULIO CARMINATTI**

TAPAS ESPECIALES

en tela y oro, ricamente decoradas, para encuadernar el primer volumen de

“Tras la Pantalla”

PRECIO: 1'50 PTAS.

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal o en sellos de correo, con un aumento de *diez céntimos* por gastos de franqueo Certificadas: 35 céntimos

Tapas y encuadernación: 2'50 Ptas. para los lectores de la Capital

DIRIGIRSE: **Bruch, 3 ~ BARCELONA**

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

MADGE KENNEDY

POR

MARTÍN ROJAS

EL ARTE SENCILLO DE
:: MADGE KENNEDY ::



Nos cautiva Madge Kennedy por su sencillez y por su naturalidad.

Nada más lejos de esta estrella que el retorcimiento epiléptico de una Theda Bara o de una Louise Glaum. Nada más lejos también que el gesto trágico de Paulina Frederick o la afectación elegante de Kitty Gordon.

Su arte, de tan sencillo, de tan natural que es no parece arte. Diríase que la actriz, para triunfar en la pantalla, se limita a trasladar su hogar al estudio y continuar frente al objetivo su vida de siempre, sin preocuparse que un público ha de seguir atentamente, con la vista, sus menores movimientos.

¿Es por esto el arte de Madge Kennedy un arte inferior? ¡Jamás!

Nosotros entendemos por arte lo que tiende a presentarnos la vida en una forma bella y amable. Y si las creaciones de las artistas que citamos anteriormente llenan a la perfección este cometido, pocas actrices como Madge Kennedy lograrán presentarnos de modo más sencillo y más amable la verdadera belleza de la vida; esa belleza suave, que no sabe de grandes dolores ni de nerviosas alegrías, porque se alza sobre los cimientos del candor y la ingenuidad.

Por eso nosotros amamos el arte de Madge Kennedy. Como amamos el de Mabel Normand. Como amamos el de Margarita Fischer.

Porque en sus creaciones vemos bailar la alegría sana de las almas puras, que todavía no conciben la maldad.

El arte cinematográfico americano nos ofrece los dos contrastes: o el vampirismo ultramodernista, ya un poco *demodée*, o la sencillez absoluta que aleja de la pantalla toda idea de ficción.

Preferimos este último aspecto. Creemos que los tiempos modernos se alejan instintivamente de todo lo que significa afectación, para buscar en la sencillez y en la ingenuidad un olvido del vivir intenso de las ciudades.

La experiencia nos ha enseñado que también el público participa de esta opinión, y buena prueba de ello es el auge que en poco tiempo han adquirido las ingenuas americanas.

Revisad cualquier encuesta organizada por una revista cinematográfica de cualquier país, y encontraréis en todas que las favoritas son Madge Kennedy, Mabel Normand y alguna otra ingenua notable. Nada de trágicas ni de *demimondaines*.

Los públicos de todo el mundo se han cansado ya de ver en la pantalla a unas señoras muy guapas que se retuercen como si sufriesen un cólico miserere. Y gustan de estas damitas poco complicadas que saben colocar sobre su belleza el velo de la modestia y del candor.

He aquí por qué Madge Kennedy es hoy una de las favoritas del lienzo y por qué es admirada por los públicos de todos los climas.



EL PRÓLOGO DE UNA
VIDA. — EN EL COLEGIO

Pertenece Madge Kennedy a una familia muy acomodada de Chicago. Son sus tíos nada menos que los señores Parmelee Hermanos, propietarios de la línea de autobuses de aquella población.

Por eso la linda Madge no conoció la pobreza, no supo de la bohemia de los artistas, tan trágica como la de los poetas, no vió jamás cerca de sí el rostro burlón de la miseria, que obliga a los artistas, a los escritores a los que sueñan con el ideal, a las mayores claudicaciones.

Fué actriz porque su alma se lo pedía, porque había nacido para ello y era inútil que pretendiera rebelarse contra el destino.

Otras actrices hay que han escalado las cumbres de la popularidad gracias a un momento de hambre, cuando cerradas todas las puertas, no encontraron más camino que el del escenario.

Tal vez sea su triunfo mucho más merecido, pues ellas han tenido que luchar con infinidad de obstáculos, para Madge Kennedy desconocidos.

Muy joven, una niña todavía, entró Madge como alumna distinguida en el colegio Art-Student, de Nueva York.

Ya venía bien preparada de Chicago, y sus profesores no tuvieron otro trabajo que perfeccionarla en todas aquellas materias que había aprendido en su ciudad natal.

Desde muy pequeña mostró la Kennedy gran afición a la pintura, y sus padres, que podían permitirse el lujo de tener una hija pintora, vieron con satisfacción los progresos que cada día hacía Madge en el arte de Apeles.

Por eso la enviaron a Nueva York y por eso pusieron a su alcance cuantos elementos necesitaba para desarrollar su afición.

He aquí cómo un periódico nos habla de este aspecto de la Kennedy:

«...Sus dibujos de una intención aguda y sus cuadros de maravillosas coloraciones la destacaban con los prestigios de una verdadera artista de los pinceles y del lápiz.

»Su temperamento de par en par abierto a todas las sensaciones de lo bello recogía los aspectos de la Naturaleza con la exaltación vibrante de los pasionales arrebatos.

Por esto los lienzos pintados por Madge Kennedy no tienen la frivolidad que acusan generalmente las pinturas de mujer, ni el reposo que les imprimen en una serenidad de modorra los espíritus analizadores.

Tienen la brava resolución de los impulsos acuciados por una honda hiperestesia y la valentía de notas de un deslumbramiento.

»El contraste, sin duda, de la Naturaleza, en toda su grandiosidad y las ruines falsedades de la vida, la inclinaron al humorismo buído, como la punta de una hoja de Florencia, que envuelve con la gracia ténue y amable de una sonrisa un desprecio muy cordial y muy profundo para todo lo insubstancial y todo lo pequeño».

¡Quién le diría por aquellas fechas a la gentil Madge, que en vez de alcanzar la popularidad por medio de sus cuadros, la iba a alcanzar por sus creaciones en el escenario y en el écran!

No pensó ella, ni por un momento, en la gloria escénica. No soñó siquiera con la posibilidad de adquirir fama desde un escenario.

Otras artistas, por lo menos, sintieron en sus mocedades el deseo entusiasta de triunfar frente a las candilejas. Y a esa idea dedicaron todas sus energías y todos sus pensamientos.

Pero en Madge Kennedy no se dió este caso. Su revelación fué una cosa súbita e inesperada.

Un día, los estudiantes del Art-Student prepararon una función teatral para representarla el día del cumpleaños del director. La Kennedy fué elegida, por unanimidad, para interpretar el rol de la protagonista, y tan bien creó su papel y tanto éxito obtuvo con aquel su primer trabajo teatral, que bien pronto la futura estrella empezó a vislumbrar en el horizonte una aurora de popularidad, como premio a sus creaciones magistrales.

Entonces arrojó, lejos de sí, los pinceles y las pinturas y tomó parte en cuantas funciones de aficionados se organizaban en el colegio o en casa de sus amistades.

¿Vamos a hablar aquí de las desorientaciones, de las vacilaciones que sufrió la actriz al principio de su carrera?

Baste decir que, después de haber tocado sin éxito el género trágico, influenciada tal vez por algunas eminencias que triunfaban en los teatros de Nueva York, dedicó todos sus esfuerzos a hacerse una ingenua recomendable. Y lo logró.

Cuando se vió capaz de presentarse con éxito en los grandes teatros, usó de sus poderosas influencias para conseguirlo. Su presentación fué un triunfo ruidoso. El público americano empezaba a cansarse de la epidemia de trágicas que padecía y deseaba contemplar en el teatro la gracia suave de los momentos más amables de la vida.

La incomparable ingénua supo llevar a los sitios donde trabajó esa gracia alada y espiritual. Y su nombre comenzó a pronunciarse con cariño y admiración y las contratas llovieron sobre ella.

Podía darse el gustazo de elegir a su antojo. Y para su primera *tournee* eligió la ciudad de Chicago, el lugar de su nacimiento, donde contaba con infinitas relaciones.

En aquella ciudad su triunfo fué indiscutible. Todas las no-



Madge Kennedy

Caricatura de Fuma

ches se llenaba el teatro donde ella trabajaba. Y era tan sincera, tan suave, tan ingénua la gracia que desplegaba en sus creaciones, que nadie, ni hasta los más timoratos se escandalizaron de que aquella señorita de la buena sociedad se hubiese «metido a cómica».

Era en aquellos tiempos que todos adoraban en ella su prodigiosa ingenuidad en la obra «Mi bebé», y su gracia finamente picaresca en «Camas gemelas».

En el año 1917, solicitada por infinitas proposiciones de contrato, se dedicó a trabajar en películas, y fué tal el éxito alcanzado, que desde entonces no abandonó los estudios y se disputan sus producciones los empresarios de todo el mundo.

Actualmente trabaja para la Goldwyn, cuyo contrato ha renovado ya varias veces, en vista del éxito cada día mayor de sus creaciones.

**MADGE KENNEDY EN LA
VIDA INTIMA. — SU MA-
: RIDO. — SU MADRE :**

Grace Lamb, la popular escritora cinematográfica, que varias veces nos ha encantado con sus confidencias de artistas, nos presenta a la Kennedy en su amable riconcito de la intimidad.

No podemos resistirnos a la tentación de publicar ese artículo, que nos pinta, de modo exacto, el vivir sin inquietudes de la encantadora estrella.

«Llegaba la noche cuando me presenté en casa de Madge Kennedy, en su bella mansión de Riverside Drive.

El mayordomo me hizo pasar a un vasto salón y yo me hundi en los muelles de una comfortable butaca. Las ventanas entreabiertas dejaban penetrar una brisa suave y perfumada. El crepúsculo prestaba a la habitación reflejos purpúreos, que armonizaban perfectamente con el gris del tapiz y los variados tonos de las flores que adornaban cada rincón.

El lugar era verdaderamente delicioso. Yo pensaba: se observa que la propietaria de esta casa tiene gusto; el epicureísmo exquisito de este interior denota un sentido artístico y una distinción de gran señora. Y al pensar en esto recordaba los últimos éxitos de la artista: «Camas gemelas», «La noche pasada», «Belleza y calor», cuya interpretación ligera y hasta un poco picante, concuerdan mal con este cuadro de una tan perfecta distinción.

La entrada de Madge puso fin a mis reflexiones. Vestida con una bata de organdí azul y blanca, sus maravillosos cabellos de un color castaño oscuro, simplemente enrollados sobre su frente

blanca y pura, parecía una flor viviente la encantadora artista. Sus grandes ojos grises, sombreados por negras y largas pestañas, me miraban como miran al mundo, con una claridad y una pureza verdaderamente impresionantes.

Con su linda voz de un timbre musical me dió la bienvenida.

Yo juzgué que tenía ante mí a una «Lady», en el antiguo y mejor sentido de la palabra.

Estaba acompañada de una dama que me presentó:

— Mme. Olls, una amiga que tiene a bien hacerme compañía durante la ausencia de mi amante...

Y al ver en mí un gesto extrañeza, añadió en seguida:

— No se alarme usted. Mi amante es mi marido. ¿Quiere usted ver su retrato?

Accedí de buena gana y Madge Kennedy me enseña, encuadrado en un marco de oro viejo, el retrato del soberbio joven.

— ¿Verdad que es muy guapo? pregunta. Y los grandes ojos claros dicen más cosas todavía.

Yo me explico cada vez menos la relación que pueda existir entre la delicada mujer de mundo que me habla y la intérprete endiablada de tantas obras cómicas y hasta un poco picantes... Y no puedo abstenerme de manifestar mi extrañeza.

— Es muy sencillo, me dice ella. Mi director tenía el manuscrito de «Camas gemelas» que le había agradado sobremanera. Pero faltaba una artista *ad-hoc*. Pensó en mí y me confió el papel. Tuve un éxito muy lisonjero, y como es natural, mi director, hombre muy práctico, siguió encargándome la interpretación de papeles análogos, en los que siempre he triunfado.

Madame Olls, la amiga que hacía punto de media en el fondo de su sillón, me explica de la siguiente manera el éxito de Madge en este género:

— Es, precisamente, la violenta oposición entre el personaje del papel y la naturaleza del artista lo que acentúa el carácter picante de este género de interpretaciones.

En cuanto a Madge, ella confiesa el placer que siente al interpretar este género de piezas, que tanto alegran a los públicos.

— Las frases de segunda intención, las alusiones un poquito escandalosas resbalan sobre mí sin dejar la menor huella. Hago reír y esto me basta.

Le pregunto si esta clase de papeles no le aburren a veces.

— Yo no me aburro nunca, declara. Todo es interesante. Se trata de saber considerar las cosas desde el punto de vista favorable.

Mientras que Madge iba a firmar un recibo de un telegrama de su «amante», Madame Olls me dice que una de las características de la gran actriz consiste en permanecer siempre extraña a todo cuanto es bajo o vil.

— Por ejemplo — me explica, — si en el teatro se refiere una

historia un poco escabrosa, la entrada de Madge hace inmediatamente variar el curso de la conversación. Esto se produce naturalmente, hasta instintivamente, me atrevería a decir. Es que ella derrama a su alrededor como un perfume de pureza.

La mejor amiga de la Kennedy es su madre, que habita en la misma casa que la artista, y a la que, tanto ella como su marido, llaman cariñosamente «Nuestra niña».

— Acaba de casarse de nuevo — me dice Madge — y es joven y alegre. Yo le telegrafí cada día a California, donde se encuentra haciendo su viaje de bodas.

Se habla también del marido de la actriz. Este joven americano del Oeste, había visto el retrato de la artista en California y decidió hacerla su mujer.

Provisto de una carta de introducción atravesó el continente americano para venir a hacer su demanda. Pero antes se procuró de la nodriza de Madge, todos los retratos que existían de ella desde la infancia.

— Me conocía muy bien cuando se presentó — añade maliciosamente la artista. — Por mi parte tuve inmediatamente la impresión de que tal vez no haría mal enamorándome de él.

— Usted tenía, sin embargo, para elegir todo un ejército de pretendientes, afirma Madame Olls.

Madge sonríe, con su sonrisa de niña y concluye:

— Nosotros vamos, a pesar nuestro, hacia el destino cuando el destino no viene a nosotros. Aunque separados por la extensión inmensa de todo el continente americano, mi marido y yo estábamos destinados el uno para el otro. He aquí todo.

Puesta en un terreno de confianza la bella artista me hace visitar su dormitorio, con cubres color marfil y azul, donde una vez más se afirma su buen gusto.

Después hablamos de cinematografía.

— Yo quiero en el cine — dice — hacer otra cosa que en el teatro... encarnar otros personajes; por ejemplo...

— Por ejemplo — interrumpe Mme. Olls; — una joven que sería expuesta a las más peligrosas catástrofes, a las más grandes miserias físicas y que, por su energía, por la fuerza de su pureza y de su creencia en el bien, triunfara de todos los obstáculos.

— Eso es — contesta Madge, — probar que la sola fuerza de la vida consiste en amar lo que es bueno.»





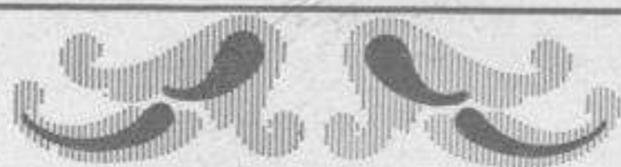
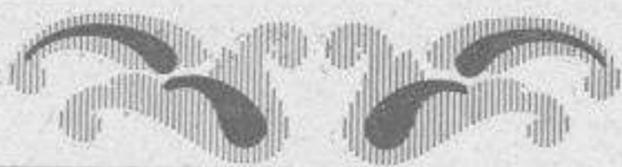
MADGE KENNEDY en «Los amores de Dodó»



MADGE KENNEDY en «Lo más sublime»



MADGE KENNEDY en «Jugar con fuego»



MADGE KENNEDY en « Toda una dama »

UN POCO MÁS SOBRE SU
MATRIMONIO. — UNA IN-
TERVIÚ CON LA ES-
: : : : TRELLA : : : :

Esta historia de su matrimonio es una de las páginas más líricas, más sentimentales en la vida ejemplar de Madge Kennedy.

Es raro en las artistas y, sobre todo, en las artistas cinematográficas de Yanquilandia hallar la felicidad en sus matrimonios. Por regla general son mujeres que se casan y se descasan con una facilidad asombrosa. Es como si no pusiesen en el matrimonio un ápice de amor; como si no viesen más que en la fórmula legal un medio cómodo para satisfacer sus caprichos; como si buscasen en los continuos casamientos y divorcios el modo de mantener siempre vivo en el público el fuego de la propaganda.

Por eso resulta más extraño este caso de Madge Kennedy, enamorada de su marido, refugiada en su hogar, al lado de una buena amiga que la acompaña, haciendo punto de media, en las frecuentes ausencias del esposo.

Diríase una buena burguesita que no ha soñado jamás con la gloria teatral ni piensa dejar su nombre a la posteridad. Es esa aureola de pureza que la rodea y que de modo tan delicado nos pinta Grace Lamb.

Y sin embargo, esa felicidad no es una leyenda. No ha sido este poema sencillito inventado por Grace Lamb para escribir un artículo amable sobre la estrella.

Otros periódicos americanos nos hablan también de este cuadro de felicidad doméstica. De entre ellos sacamos unas líneas publicadas en una interviú celebrado con la famosa actriz, por la corresponsal en los Estados Unidos de la revista brasileña *Palcos e Telas*.

«El automóvil que me conducía se deslizaba velozmente por la hermosa avenida donde se alzan los estudios de la Goldwyn, en Culver City, y durante el viaje pensaba yo en las preguntas que había de hacerle.

Llegamos. Me introdujeron en su *camerino*, pero ella no estaba. Se encontraba, en aquel momento, filmando una escena de una película.

Mientras esperaba que terminase, curiosa por mi carácter, y por hacer honor a mi sexo, fui entreteniéndome en mirar todo lo que por allí había; una especie de revista en orden a la habitación, observando todo cuanto aparecía ante mis ojos.

Fueron primero, lo que llamó mi atención, unas fotografías artísticamente colocadas, unas sobre la mesa, otras sobre el tocador.

Casi todas, mejor diré, todas, eran de un esbelto joven. Sobre la chimenea, en las paredes, en donde hubiese un lugar, estaba el retrato de él. Retratos en las más variadísimas poses.

Me preguntaba a mí misma quién podría ser el gallardo joven, y no atinaba a dar una contestación satisfactoria.

De pronto alguien me dice desde la puerta:

— Perdóneme... ¿Tardé un poco, verdad?

Era Madge en persona que se me apareció como visión de juventud y de vida. Un vestido de baile, primoroso, le modelaba las formas esculturales de su cuerpo de diosa, y sus grandes ojos, profundos y dulces, me miraban con un gesto de curiosidad en el fondo de sus pupilas grises.

— ¿Qué desea usted? me preguntó.

— Vine a verla para obtener de usted una entrevista...

— ¿Y qué puedo decirle que le interese?

— Mucho — atajé con rapidez. — Por ejemplo, desaría saber quién es ese guapo mozo que llena esta bombonera con sus fotografías. ¿Se trata de un admirador?

— Y de los más sinceros y entusiastas. Es mi marido, míster Harry Bolster.

— ¿Se casó usted entonces con uno de sus admiradores?

— Ya le diré cómo. El había visto varias fotografías de mi humilde persona, y no debí parecerle del todo mal, por cuanto se dedicó a coleccionar cuántas cartulinas reproducían mi efigie. Se enamoró de mí y se presentó en mi casa de Nueva York, inopinadamente, diciéndome que era yo la única mujer que le gustara. Me agradó su franqueza y a los pocos días estaba enamorada de él como una colegiala. Después nos casamos, y aquí me tiene usted transformada en Mrs. Harry Bolster.

— ¿Entonces usted cree en la felicidad del matrimonio entre una mujer artista y un hombre que no lo sea?

— Creo en ella porque soy muy feliz y mi marido no es actor.

— No creía yo que fuese posible en una actriz de renombre enamorarse de un admirador.

— Pues es posible y hasta sumamente fácil. Ese género de novela es muy común por aquí.

— ¿Le gustan los niños?

— Los adoro. Es la única pena que tengo la de no haber sido madre.

— ¿Podría usted decirme cuál es el galán que prefiere?

— Esa pregunta es muy difícil de contestar. No quiero herir susceptibilidades...

— Pero es que la pregunta nada tiene que ver con el punto de vista personal, sino artístico.

— Por ese lado no tengo duda en decir que Tom Moore es el galán con quien mejor me entiendo, artísticamente hablando.

— ¿Y su artista preferido?

— Es curioso, pero no tengo favoritos. Todos me agradan por igual, aunque puedo decir que me divierto lo infinito cuando veo una película de Charlie Chaplin.

— ¿Y entre las actrices?

— Admiro a Mary Pickford y me subyuga el talento poderoso de Alla Nazimova, a quien considero la primera trágica del lienzo.

— ¿Y qué piensa usted de la gran cantidad de divorcios que hubo en los últimos tiempos?

— Pienso que es una calamidad.

— A su modo de ver, ¿quién tiene la culpa de esto?

— Francamente, no lo sé. Pero la culpa debe ser de ambas partes. La vanidad creo yo que tiene un gran papel en estos divorcios... Yo, cada día me alegro más de poseer un marido que no pertenece a ninguna constelación teatral ni cinematográfica.

— ¿Tiene usted planes para lo futuro?

— No puedo decirle... Sólo sé que tengo la intención de comprar una villita en Hollywood, donde pueda pasear, todas las mañanas, del brazo de Harry.

— ¿Cuál es su mayor ambición?

— Llegar a ser la mejor actriz de vodevil en el cine».

Así nos hablan de la encantadora Madge Kennedy los periodistas de América.

¿No es verdad que resulta simpático este vivir oscuro de la actriz famosa, que en vez de buscar efímeros triunfos exponiendo su belleza en los restaurants de moda y en los lujosos cabarets de Los Angeles o de Nueva York, prefiere correr a su hogar y busca en su amor tranquilo la verdadera felicidad?



LA RISA DE MADGE**: : : KENNEDY : : :**

Todos ustedes, amables lectores, conocerán la risa contagiosa de la incomparable actriz. Todos ustedes habrán visto a Madge Kennedy reír en la pantalla, con una risa tan franca, tan ingénua y tan infantil que, a su pesar, ustedes mismos se habrán reído también.

¿Cómo ha logrado Madge llegar a la suprema simplicidad y a la suprema infantilidad con esta risa? ¿Es que su alma, como una mariposa, ha volado sobre todas las miserias y sobre todos los dolores sin detenerse en ninguno?

Nosotros más bien creemos que un epicureísmo, un deseo de contemplar y de detenerse sólo en la parte amable de la vida es lo que impulsa a la linda Madge a reír, a reír siempre, como si la dominase la alegría de vivir.

Ella misma nos lo dice con sus propias palabras.

— Podrá ser una vieja canción, pero es una verdad como un templo, que cuando algo me disgusta me pongo a cantar con la más alta de mis voces:

«Guarda tus penas dentro del pecho
y ríe, ríe, ríe siempre...»

Y mostrando que ella no solamente predica, sino que da con su ejemplo autoridad a sus palabras, Madge Kennedy nos regala a todas horas con su risa argentina, con esa risa que sus compañeros de pantalla y de teatro y sus amigos de todas partes califican con el nombre encomiástico de «La risa del millón de dólares».

No, no es esa risa mecánica, falsa, tan común a los que están acostumbrados a reflejar sobre las tablas de un escenario sentimientos extraños.

Es otra risa, jovial y franca, sincera manifestación de una especial disposición psicológica; risa añorada y pura, de una simplicidad inafectada y feliz.

Y por eso, todos los que amamos el arte mudo, todos los que nos inclinamos, encantados y rendidos ante estas lindas damitas americanas, representación la más pura de lo que debe ser el arte cinematográfico, sentimos que algo impalpable nos aproxima al arte de la Kennedy, sugestionados por su gracia, conjunto armónico de belleza y naturalidad.

¡Oh, la risa de Madge Kennedy!

La escuchamos cuando estamos en el cine, hundidos en las tinieblas de la sala; la recordamos después en nuestras tristezas y en nuestras alegrías, como se recuerda una cosa que nos es



Madge Kennedy en *Toda una dama*

Dibujo de E. Astor

muy grata. Y cuando alguien nos dice que otras artistas ríen mejor que ella protestamos indignados. Porque su arte poderoso proyecta como una sombra sobre el arte de las demás actrices. Porque ninguna se le puede comparar en este aspecto, aunque logre superarla en muchas de sus otras aptitudes.

A esa risa suya debe Madge Kennedy la inmensa popularidad de que hoy disfruta en el mundo entero. Esa popularidad que hoy nadie se atreve a disputarle.

¿Se nos dirá acaso que Mabel Normand es más artista que ella? No lo negamos. Pero jamás llegará Mabel a reír tan inocentemente como ríe la Kennedy.

LAS AÑORANZAS DE LOS

: : : : PINCELES : : : :

Un periódico de Londres, refiriéndose a la antigua afición de Madge de emborronar lienzos, publica un artículo, del cual extractamos los principales párrafos.

«Por lo demás, no todo han sido encantos para Madge Kennedy.

Mujer buena y cariñosa, su amor lo hace extensivo a las artistas que con ella comparten su penoso trabajo en el teatro y en el cinematógrafo.

El arte, después de su marido, es para ella su gran amor. Hasta en los días lejanos del colegio, cuando su alma niña no soñaba todavía con las glorias luminosas de la pantalla y del escenario, ella sentía una irresistible vocación por la vida de artista, y con un entusiasmo ejemplar pintaba cuadros, que eran muy elogiados aún fuera de los estrechos muros del colegio.

De este modo, aunque el mundo ha ganado una verdadera actriz de fina cómicidad, ha perdido tal vez una gran artista pictórica, pues en Madge Kennedy se adivinaban excepcionales cualidades para sobresalir en la pintura.

Mucho antes de que la práctica y el estudio hubiesen dado a sus dedos el dominio que se necesita para pintar, y sobre todo para dibujar, ya producía obras, en las que los críticos sorprendían una intuición maravillosa para el colorido y una seguridad extraña en el manejo del lápiz.

Uno de sus carteles, pintado en aquella época, fué adquirido por el Gobierno de los Estados Unidos para una campaña de propaganda.

Por eso el marido de Madge — que es su más entusiasta admirador — lamenta que su linda esposa no haya dedicado a su labor de pintora más largos estudios.

— Ustedes no se pueden imaginar—dice él—con qué secreta nostalgia mira ella su bata de artista, todavía manchada con borrones de pintura, y su paleta reseca. ¿Para qué le han servido todos los esfuerzos que ha realizado en su adolescencia, si el éxito no los ha coronado?»

Sí. En el día de hoy, Madge Kennedy, de temperamento tranquilo, echa de menos sus pequeños triunfos obtenidos con la exposición de algunos de sus cuadros. Ella, seguramente, hubiera preferido la vida sedentaria de artista del pincel, que esta otra vida inquieta que ahora se ve obligada a llevar.

CÓMO TRABAJA MADGE

: : : : KENNEDY : : : :

Nada de prisas, nada de nerviosidades. La Kennedy no es mujer que se deje arrastrar por el momento febril de un estreno o de un ensayo.

Trabaja tranquilamente, serenamente, como si no llegasen a sus oídos las voces del director, como si no viese el ir y venir de los comparsas. Su ecuanimidad es tan grande, que cuando la llaman para interpretar una escena, la Kennedy, sin apresurarse, se levanta lentamente, se mira en el espejo y sale de su habitación del estudio, como saldría en su hogar a recibir una visita de no mucho cumplido.

Así puede explicarse uno esa serenidad que tienen las creaciones de esta artista famosa, este dominio absoluto de los nervios que caracteriza la labor de la actriz.

Casi siempre va al estudio acompañada de su madre, y en los intervalos entre una y otra escena, las dos mujeres hablan alegremente de sus asuntos, igual que si se encontrasen en el gabinete de costura de su casa.

Todos la aman en el estudio. Desde la estrella más empingorotada hasta el último comparsa. De todos se hace querer por su carácter franco y cordial que no sabe de mentiras ni de traiciones.

Ella considera el estudio como una prolongación de su hogar, y son sus compañeras buenas amigas tuyas ante las que desnuda su alma diariamente, mostrándoles su vida clara, como de cristal.

Y hasta el mismo director rebaja el tono de su voz cuando dirige a la Kennedy; que sabe él muy bien que a la artista le sublevan las groserías y que en cambio no hay que repetirle las indicaciones, cuando se le hacen con tono mesurado y correcto.

: : EL AVE VIAJERA : :

Como si el destino quisiera burlarse de las aficiones sedentarias de la estrella, la gentil Madge se ve obligada a viajar continuamente, sobre todo desde que trabaja para la «Goldwyn».

Tiene esta importante manufactura estudios establecidos en Nueva York y en California, y por esta razón, Madge atraviesa muy a menudo el continente americano, cuando las escenas de sus películas requieren exteriores de una u otra región.

Y la bonita actriz, que hubiera deseado vivir en una deliciosa casa de campo, sin moverse del hogar, que reúne para ella tantos atractivos, cual ave viajera, siempre está pronta a emprender la marcha, obligada por las exigencias de su profesión.

MARTÍN ROJAS

